

LA BARRA MADRE  
Pero como eran gente de guerra, acostumbrada á la sangre y á la vista de los cadáveres, no se impresionaron mucho.

—Partieron dijo el alférez, pues no ha andado lejos, habido con estos se han escapado, habiendo robado y un águila le ha comido los ojos, y así un ballestero á tiempo de comer las carnes.

—Y es un águila real! dijo un ballestero asustadísimo al ver el cadáver, cuando se agachó á mirar, que se agachó á mirar con las garras y con el pico.

—Ah, no! dijo Linés. Faltó esta otra moneda y bien menor que como el otro.

Y sacó el venablo, que cuidadosamente era suyo, le puso en su venablero, cogió por la empuñadura el cabo al ballestero.

—Arrestaban las alas del gigantesco animal.

—Quedaba apartada, dijo el alférez, hasta que venga la justicia, á la que vamos á ir, no debemos dejar que á un africano le devoren las aves de rapina.

—Quedáronse dos de los balleteros, los que estaban más cerca del cadáver, y el alférez con los restantes se dirigió á la villa. No tardó en sobrevener la justicia.

Al día siguiente al amanecer, unos campesinos encontraron el cadáver de Ben-Tayde y le robaron, quitándole cuanto tenía encima, es decir, dejándole desnudo, y escaparon.

Esto había sucedido al alba, entre dos luces, en medio de una soledad absoluta.

Amaneció mas claro, y un águila madrugadora que se cernía á una altura inmensa, plegó de improviso las alas, y cayó sobre Ben-Tayde.

Los dos ojos del africano fueron devorados.

Pero el águila no sobrevivió.

Algunos balleteros que con un alférez venian del cerco de Alcaudete á pedir refuerzos, vieron al águila, dispararon sobre ella, y alcanzándola un venablo por debajo de la derecha atravesándola de parte á parte, acudieron alegremente los balleteros á hacer la pieza, y cuando vieron á un hombre ensangrentado, desnudo, comidos los ojos, se les apagó la alegría.

—Partieron dijo el alférez, pues no ha andado lejos, habido con estos se han escapado, habiendo robado y un águila le ha comido los ojos, y así un ballestero á tiempo de comer las carnes.

—Y es un águila real! dijo un ballestero asustadísimo al ver el cadáver, cuando se agachó á mirar, que se agachó á mirar con las garras y con el pico.

—Ah, no! dijo Linés. Faltó esta otra moneda y bien menor que como el otro.

Y sacó el venablo, que cuidadosamente era suyo, le puso en su venablero, cogió por la empuñadura el cabo al ballestero.

—Arrestaban las alas del gigantesco animal.

—Quedaba apartada, dijo el alférez, hasta que venga la justicia, á la que vamos á ir, no debemos dejar que á un africano le devoren las aves de rapina.

—Quedáronse dos de los balleteros, los que estaban más cerca del cadáver, y el alférez con los restantes se dirigió á la villa. No tardó en sobrevener la justicia.

Al día siguiente al amanecer, unos campesinos encontraron el cadáver de Ben-Tayde y le robaron, quitándole cuanto tenía encima, es decir, dejándole desnudo, y escaparon.

Esto había sucedido al alba, entre dos luces, en medio de una soledad absoluta.

Amaneció mas claro, y un águila madrugadora que se cernía á una altura inmensa, plegó de improviso las alas, y cayó sobre Ben-Tayde.

Los dos ojos del africano fueron devorados.

Pero el águila no sobrevivió.

Algunos balleteros que con un alférez venian del cerco de Alcaudete á pedir refuerzos, vieron al águila, dispararon sobre ella, y alcanzándola un venablo por debajo de la derecha atravesándola de parte á parte, acudieron alegremente los balleteros á hacer la pieza, y cuando vieron á un hombre ensangrentado, desnudo, comidos los ojos, se les apagó la alegría.

CAPITULO IX.

EL EMPLAZAMIENTO.



Pero como eran gente de guerra, acostumbrada á la sangre y á la vista de los cadáveres, no se impresionaron mucho.

—¡Pardiez! dijo el alférez, pues no ha andado Dios blando con este; le han asesinado, le han robado y un águila le ha comido los ojos, y si no llegamos á tiempo le come las entrañas.

—¡Y es un águila real! dijo un balletero acercándose al ave.

—Cuidado, cuidado, Ginés Pinto, dijo otro, que esas pícaras se hacen las mortecinas, y en cogiendo á uno cerca se agarran á él con las garras y con el pico.

—¡Ah, no! dijo Ginés Pinto; esta está muerta y bien muerta, como el otro.

Y sacó el venablo, que cabalmente era suyo, le puso en su venablero, cogió por las patas al águila y se la echó al hombro.

Arrastraban las alas del gigantesco animal.

—Quedaos aquí dos, dijo el alférez hasta que venga la justicia, á la que vamos á avisar; no debemos dejar que á un cristiano le devoren las aves de rapiña.

Quedáronse dos de los balleteros, los que estaban mas cerca del cadáver, y el alférez con los restantes se dirigió á la villa.

No tardó en sobrevenir la justicia.

Se recogió el cadáver, se le envolvió en una manta que se encontró por los alrededores, y en unas angarillas se le llevó á Martos y se le puso á la puerta de la iglesia, en un medio ataúd, para la identificación de la persona.

Muy pronto, á pesar de la falta de los ojos fué reconocido, porque habia en Martos mucha gente del rey que conocia personalmente á Ben-Tayde.

## II.

—¡Sabeis, señor, lo que sucede? decia poco despues al rey Gonzalo Gomez de Caldelas, mientras trinchaba un gran pedazo de carne que componia parte de la comida del rey.

—¡Y qué sucede, Gonzalo? preguntó don Fernando IV.

—Sucede, dijo Caldelas, que al pié de la Peña de Martos se ha encontrado asesinado á un hombre.

—¡Se ha preso á los asesinos? dijo el rey.

—No señor; nada se sabe de ellos.

—Que se les persiga y que se les castigue á sangre si se les prende, dijo el rey, por el homicidio, y por haberle hecho dentro de nuestra jurisdiccion real.

—Pero hay algo mas estraño y mas terrible, señor, dijo Caldelas.

—¡Y qué es ello? dijo el rey, comiendo con delicia el solomillo de ciervo asado que le habia servido Caldelas.

—Hay, que ese hombre es don Ayesa-ben-Tayde, capitán de los escuderos de vuestro tío el señor infante don Juan.

—¡Ah! exclamó el rey dejando de comer y mostrando en sus ojos una espresion sombría; ¿y qué venia á hacer aquí ese hombre cuando mi tío está en Kalat-Raab, no se sabe si por nosotros ó contra nosotros?

—Es verdaderamente estraño, contestó Caldelas; ese hombre era el servidor de mas confianza del señor infante don Juan.

—Que se averigüe, que se averigüe cuanto pueda averiguarse sobre esto, dijo el rey; pero servidme mas venado: está muy bueno y tengo un gran apetito.

—Mirad, señor, que anoche tuvisteis fiebre, dijo Caldelas que cuidaba del rey como á quien tanto importaba su vida: como que era uno de sus grandes favoritos, que todo lo que valia lo tenia en el rey.

—Dejad, dejad; por comer bien no se ha muerto nadie, dijo don Fernando; ¡hola, Pero Lasso! decid á mi merino mayor que haga averiguaciones acerca de la muerte de ese servidor de mi buen tío.

Y el rey siguió comiendo.

Comió con grande esceso.

Se sintió pesado y se acostó á dormir la siesta.

Cuando despertó á las cinco de la tarde se encontró con que le esperaba el canciller del infante don Juan, que habia venido



desde Kalat-Raab á mataballo, acompañado de algunos escuderos del infante.

Los de Ayesa-ben-Tayde, que habian corrido toda la noche, habian llegado al amanecer á Kalat-Raab y habian dado parte al infante de lo que les habia dicho en su agonía Ayesa-ben-Tayde.

Un pensamiento infernal cruzó por la malvada imaginacion de don Juan.

Reverdecer el encono del rey contra los Carvajales.

Dar ocasion á que cometiese una tiranía, á causa de su carácter violento, que le hiciese aparecer como cruel y matador ante sus reinos, y que espantase á los que le servian, disponiéndolos á la traicion.

Escribió, pues, una carta que entregó á su canciller, y le encargó invirtiese el menos tiempo posible en llegar desde Kalat-Raab á Martos, dándole dinero para que, si fuera necesario, remudase los caballos.

### III.

El canciller dió al rey la carta de su tío, que contenia lo siguiente:

«Señor: os escribo pidiéndoos justicia; uno de mis mas leales servidores, don Ayesa-ben-Tayde, alcaide de mis escuderos, ha sido cobardemente asesinado al pié de la Peña de Martos, cuando llegaba á esa villa conduciendo una carta mia para vos en que yo os pedia vuestro seguro real para poder ir á veros, y acabar de una vez esta duda que tengo acerca de si me manteneis en vuestra merced ó me guardais enemistad; don Ayesa, impaciente por llegar pronto, y con mejor caballo que los escuderos que le acompañaban, iba muy delante cuando llegó al pié de la Peña de Martos; allí fué acometido y herido de muerte; cuando llegaron los escuderos que le acompañaban, apenas tuvo vida para decirles que los que le habian asesinado habian sido

gentes enviadas por los hermanos Carvajales; en esta desgracia hay que meditar mucho, señor: los hermanos Carvajales están á vuestro lado por insinuacion de vuestra madre, que quiere sin duda teneros siempre acechado y en tutela; la reina sabe que soy vuestro mas leal vasallo, como tambien vuestro amante tío, y pugna por separarme de vos y ponerme en vuestro odio; no hay duda de que entre mis gentes, entre mi servidumbre mas próxima, hay escuchas de la reina que todo lo oyen, que todo lo saben, y que hubieron de avisar á los Carvajales de que don Ayesa iba á vos con una carta mia en que yo demandaba vuestro seguro para veros; esto os probará cuánta razon he tenido, cuando estábais conmigo, para aconsejaros os separaseis de vuestra madre, que no os ama: en fin, señor, los Carvajales que mataron á Juan Alfonso de Benavides solamente porque os servia como bueno y leal, han matado tambien á mi escudero don Ayesa, por arrancarle la carta mia que llevaba para vos: os pido, señor, justicia, y espero que me la otorgareis, castigando á los asesinos de Juan Alfonso de Benavides, á los asesinos de don Ayesa-ben-Tayde.

De este campo de Kalat-Raab á 7 dias del mes de agosto del año del Señor de 1312.—*El infante don Juan.*»

El rey cegó de cólera.

La insidiosa carta de su tío le habia llegado hasta el fondo del alma, reverdeciendo sus celos acerca de su madre la reina doña María.

Las coincidencias daban cierto sabor de verdad á la carta del infante.

Ayesa-ben-Tayde habia sido encontrado desnudo, lo cual parecia una prueba de que se habia querido hacer aparecer aquel crimen como hecho por salteadores, en vez de quitarle únicamente la carta que el infante don Juan decia haber entregado á Ben-Tayde.

El rey estaba fuertemente contrariado porque la villa de Alcaudete resistia, y tenia además fiebre por resultado de su intemperancia.

A nadie consultó: y obrando con su propio consejo de una



manera airada, mandó á Caldelas prendiese á los hermanos Carvajales, y los encerrase en una torre del castillo.

## IV.

Al día siguiente al amanecer, los vecinos de Martos despertaron sobrecogidos por un tambor que redoblaba lúgubrementemente y que anunciaba un pregon de justicia.

En efecto, en la Plaza Mayor y en todas las puertas de la villa se pregonó que el rey mandaba matar á Pedro y Juan de Carvajal, hijo-dalgos, por la culpa de asesinato de Juan Alfonso de Benavides, mandando que muriesen despeñados de lo alto de la Peña de Martos.

## V.

Después del primer momento de estupor, toda la villa se preparó para asistir á la ejecucion, y desde muy temprano la Peña de Martos se encontró rodeada por toda la poblacion de la villa, y por todos los soldados de la hueste del rey.

En vano don Diego Lopez de Haro, en vano todos los hombres que guardaban algun sentimiento de justicia en el corazón, rogaron al rey no se precipitase y oyese los descargos de los acusados, y que ya que muriesen, fuese por el fallo de la justicia.

El rey se irritó contra los que esto le dijeron, y no hubo nada que salvase á los Carvajales.

La reina estaba muy lejos; ni aun se la podia avisar á tiempo: la sentencia inesperada, violenta, debia ser seguida de la ejecucion.

Protestaron en forma, con arreglo á las leyes y al fuero de los hijo-dalgos, los hermanos Carvajales, pero el rey desestimó su protesta.

Por último, al medio día los Carvajales fueron sacados de su prision entre ballesteros, cargados de cadenas que arrastraban con fatiga, precedidos del pregonero que publicaba su sentencia, y seguidos del verdugo que debia ejecutarlos.

Una multitud silenciosa y aterrada formaba el séquito lúgubre de los sentenciados.

Salieron de la villa, siguió la marcha solemne y terrible hácia el tajado peñon de Martos.

El rey con sus caballeros, escepto los Haros, que si no se negaron á asistir no asistieron, estaba al pié del tajo esperando impaciente, irritado, colérico, creyendo que ejecutaba una grande y ejemplar justicia.

Los hombres de armas del rey rodeaban el peñon, y no dejaban pasar á nadie por su parte accesible.

Llegaron al fin á ella los hermanos Carvajales, que iban serenos, terribles, con el tremendo valor de la inocencia.

A la subida del repecho se les juntó el merino mayor de Castilla, gran privado del rey, que estaba allí con su secretario y sus oficiales.

Este magnate leyó por última vez su sentencia á los Carvajales, y ellos protestaron de nuevo, apelando á su derecho; pero tampoco fueron oidos.

La marcha siguió ascendiendo.

El lento redoble del atabal que precedia á los sentenciados, infundia el terror entre la multitud que rodeaba el peñon.

Al fin aparecieron en el borde de la cortadura los sentenciados, dos religiosos franciscos que los exhortaban, el pregonero, su atabalero, el verdugo, el merino mayor, su secretario y sus oficiales.

Allí en lo alto del peñon resonó la estensa voz del pregonero, que gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—Esta es la justicia que el rey nuestro señor manda hacer en estos caballeros: que mueran despeñados desde lo alto de esta Peña, por la muerte alevosa que dieron á otro caballero en la villa de Palencia los años pasados. ¡Quien tal hace que tal pague!



Juan el Garfio ataba entre tanto fuertemente espalda con espalda á Juan y Pedro de Carvajal.

—Señor merino mayor, dijo este, Dios perdone al rey; cuando veais á la reina mi señora decidla que hemos muerto amándola, y que yo encomiendo á su caridad mi esposa y mis hijos.

—Así lo haré, dijo á su despecho, dominado por la situación, aquel miserable investido con una alta magistratura.

Después de algunos segundos de silencio, y mientras los religiosos, conmovidos, infundían valor á los sentenciados, el merino mayor dijo al verdugo:

—Ejecutad la justicia del rey.

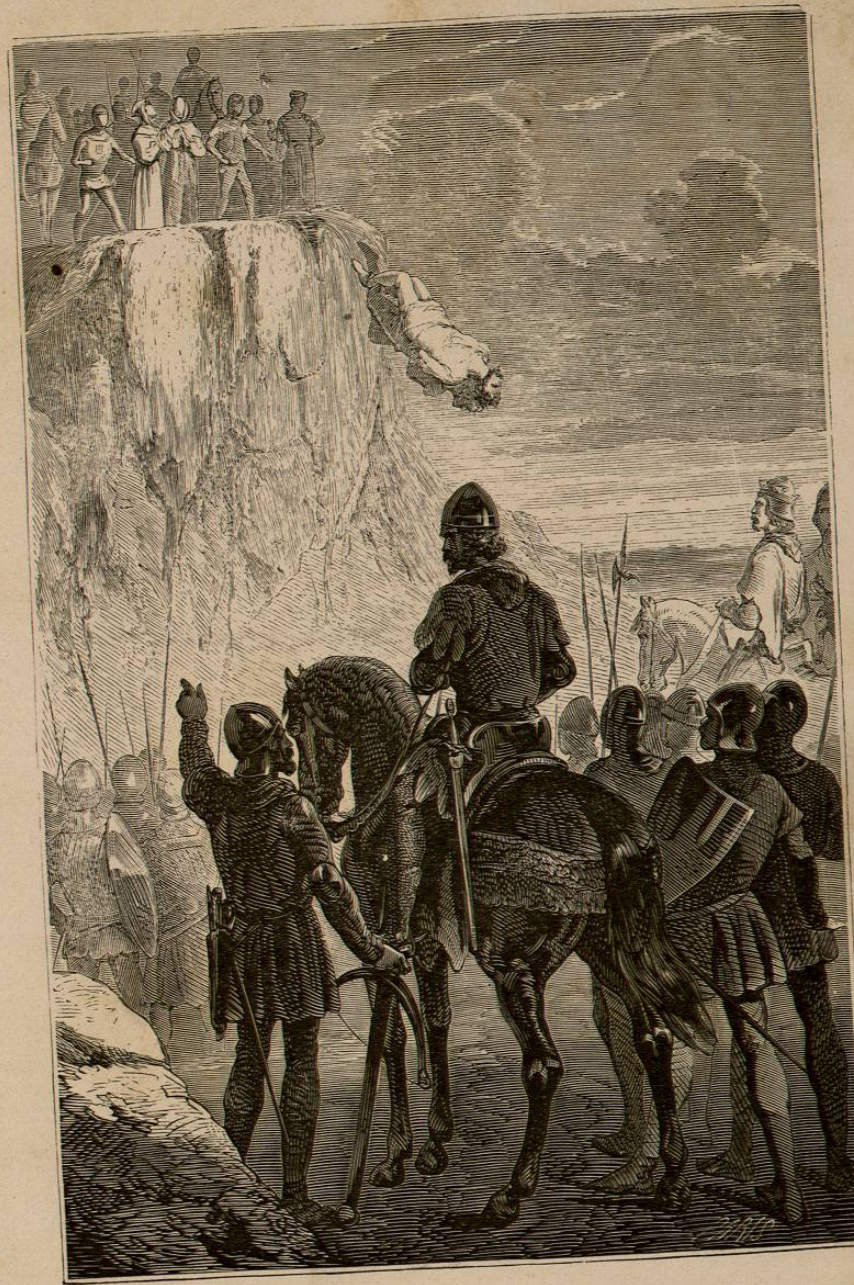
Un fuerte empujón de Juan el Garfio precipitó á los dos hermanos.

Oyóse un alarido de horror.

Los cuerpos rebotaron en el tajo y cayeron á los pies del rey.

Entonces se vió una cosa horrible: Pedro, vivo aún, hizo un esfuerzo en medio de su agonía, pareció como que Dios le prestaba aliento, y dijo con una voz terrible, sobrenatural, como emanada de la tumba:

—Señor rey don Fernando el IV de Castilla y de Leon, yo os emplazo por nuestra sangre, ante el tribunal de Dios, en el término de treinta días.



LA BUENA MADRE.

Un fuerte empujón de Juan el Garfio precipitó á los dos hermanos.